

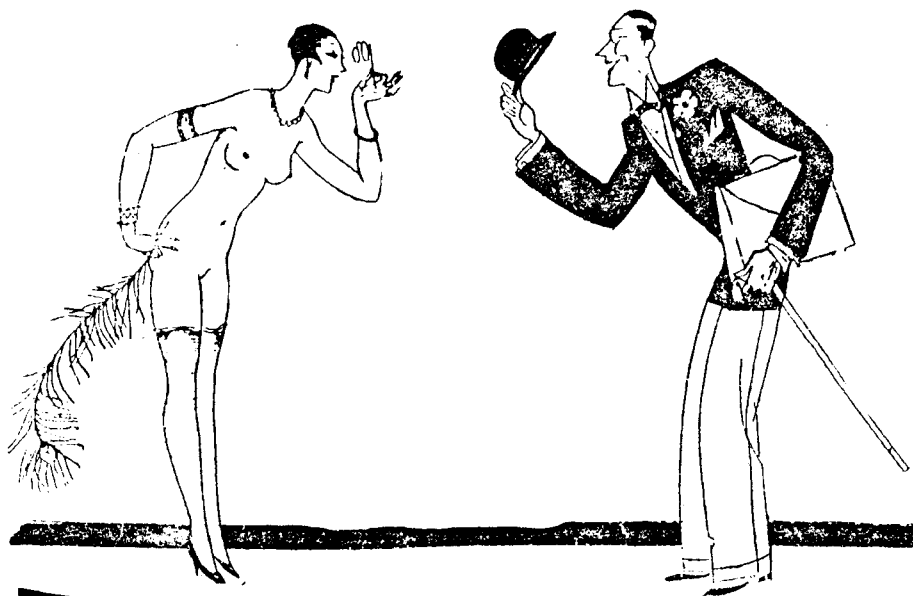
---

# URSS:

## la renovación en el poder

Enrique Alonso

*Diversos signos en campos que van desde la cinematografía hasta la biología caracterizan el tiempo de la democratización soviética alentada por Gorbachov. Este trabajo de Alonso plantea los términos de la lucha entre dos concepciones incompatibles de la realidad y de la vida social; una lucha que, aunque se desarrolla en la URSS, no nos resulta ajena en absoluto.*



TENGUIZ ABULADZE, un director de cine georgiano, ha tenido un éxito imprevisible: su film "El arrepentimiento" donde a la manera surrealista se habla de un dictador que se niega a permanecer en su tumba, ha sido lanzada en mil copias y se exhibe en salas de Moscú y de provincias. Hay un momento muy especial cuando un policía, que viste smoking, invita a un acusado a admitir su culpabilidad. Este acepta que quiso cavar un túnel que uniera Londres y Bombay. También, plantó "maíz envenenado para intoxicar a la población". A esa altura del absurdo y del grotesco, muchos espectadores lloran, según corresponsales de Occidente. La evocación de los procesos de Moscú y, en general, de los métodos represivos del stalinismo todavía hiere los nervios de una generación. El nieto del tirano afirma: "Era una época complicada. Hemos cometido errores pero también cumplido grandes cosas. Hay que conservar una perspectiva de conjunto". El envío a Wajda, el cineasta polaco, es obvio. Abuladze dice que tuvo en mente a Mussolini, a los coroneles griegos, a los autócratas latinoamericanos. Pero Robert Rojdestvensky, en la *Literaturnaia Gazieta*, asegura que no es preciso fingir: "Todo esto ocurrió en un país. En el nuestro". La probabilidad de que "El arrepentimiento" se filmara era mínima. Intervino a su favor Chevardnadze, entonces primer secretario en Georgia, hoy ministro de relaciones exteriores de la URSS. La "transparencia" hizo lo demás. Los soviéticos pueden hoy sollozar en la intimidad compartida de las salas cinematográficas.

• *Pravda* se ocupa del 80º aniversario de Nikolai Dubinín, un académico que cayó en desgracia por oponerse a las ideas de Lysenko sobre

la evolución. Lysenko postulaba la influencia del medio ambiente. Dubinín creía en el código genético. Stalin transó a favor del error. Hubo que esperar a su muerte para la rehabilitación de Dubinín quien, a partir de entonces, realizó un ímprobo esfuerzo para recuperar el tiempo perdido en una materia que constituye una de las avanzadas de la revolución tecnológica de hoy y cuya influencia en el retraso de la agricultura soviética es evidente. Esta es una vieja historia conocida. Pero ahora *Pravda* recuerda también las palabras terribles de Stalin: "En la URSS no son hombres los que nacen, son organismos. A los hombres, nosotros los formamos, para hacer de ellos tractoristas, mecánicos, académicos o científicos. Lo hacemos sin esa ideología demoníaca que llaman genética y sin su teoría reaccionaria de la herencia". El homenaje a Dubinín es algo más que el homenaje a un científico valeroso; es la razón del Hombre frente al Estado.

- Heidi y Alvin Tofler, que han reflejado en sus libros la nueva revolución industrial de los grandes consorcios norteamericanos, participaron en Moscú de una reunión a la cual asistieron también Claude Simon, James Baldwin, Arthur Miller, Peter Ustinov, Afewerke Tekle, Yasar Kemal y otros importantes intelectuales y artistas de varias partes del mundo. Cuando Gorbachov habla con ellos les pregunta: "¿Está nuestra sociedad en marcha?", "Ante los ojos del mundo —dicen— se parecía a John F. Kennedy". Y cuando Arthur Miller sostiene que la misión del poeta es "decir la verdad al poder", Gorbachov asevera que la tarea del intelectual es "provocar" el pensamiento. Lo cual, recuerdan los Tofler, no era hasta ahora una noción precisamente popular en Moscú.
- La agencia Dan difunde un comentario de Leonid Korenev sobre la reforma económica. Ante todo, explica que ha habido una desaceleración de la tasa de crecimiento. En el período 1976/70 la renta nacional aumentó un 41%; en el quinquenio siguiente, un 28; luego, un 21 y, en 1981/85, un 16,5%. Bien, fue en 1985 cuando se comenzó a impulsar la reforma. Pero no era ése todo el mal. También cayeron las tasas absolutas de incremento de la renta y los ingresos aumentaban más que la productividad. Resultado: desequilibrios entre la demanda y la oferta, largas y cambiantes listas de artículos faltantes y, cumplimiento cada vez más problemático de los programas sociales (incluso el de la vivienda). El undécimo plan quinquenal había quedado incumplido en numerosos indicadores. Entonces, "la vieja

locomotora que condujo al tren económico en un tramo bastante largo, debía ser sustituida por un vehículo nuevo". Pero el viejo modelo conservaba su fuerza inercial. Las tentativas hechas en 1965 y en 1979 para modernizar el sistema de dirección económica y mejorar los métodos de gestión se fueron diluyendo. Las "nuevas ideas, al no tener expresiones prácticas concretas, quedaron descalificadas en parte". Por consiguiente, las experiencias ahora impulsadas "prueban diversas variantes de gestión", lo cual "permite revelar a fondo las contradicciones entre el viejo modelo de dirección y la revolución tecnológica". En el entrecruce de estas experiencias y en la selección de las más conducentes, se busca "romper los viejos estereotipos psicológicos y vencer la inercia del pensamiento". Se trata de "acelerar el ritmo del desarrollo económico y social del país" y "no de recuperar el ritmo de antes". La URSS se ha transformado, entonces, en "un singular banco de pruebas".

• Gorbachov se reúne con los sociólogos y otros científicos. Les dice que las ciencias sociales "necesitan ser enriquecidas con los hechos de la vida actual". ¿En qué terreno? En "la dialéctica entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción; la propiedad socialista; la cooperación; el autogobierno del pueblo y la democracia; los orígenes de los fenómenos negativos y la forma de superarlos, y así siguiendo". Pues "se está librando una reñida lucha, no siempre aireada, pero sí sin compromisos, de las ideas, de los planteamientos psicológicos, de los estilos en el modo de pensar y la conducta de cada uno". Ocorre que "lo viejo no se entrega sin lucha y encuentra nuevas formas de adaptarse a la dinámica de la vida en diversas sutilezas escolásticas". Lo viejo, obviamente, no se refiere a la época de los zares. Lo viejo es el espíritu autoritario que descrea de la capacidad creativa del hombre. Por eso, aparece "la cuestión de la verdad": la necesidad de "revelar audacia y espíritu de iniciativa en la promoción de nuevas ideas", para "la confirmación de la verdad en la vida y en la ciencia". Pues —dice Gorbachov—, vale el consejo de Lenin acerca de "no embaucarse a sí mismos" y la indicación de Marx en el sentido de que la dialéctica "no se somete a nada y, por su esencia, es crítica y revolucionaria". Tampoco puede reemplazarse la teoría con la simple enumeración de los hechos. La teoría debe revelar "lo que con el tiempo quedó oculto". La ciencia a su vez es necesaria para "formar, educar y cultivar la capacidad de la juventud para pensar independiente y creativamente". Y culmina: "Lo diré fran-

camente: la organización hasta ahora existente y las formas y métodos de la docencia de las ciencias sociales han contribuido en grado no pequeño a lo que nosotros llamamos: dogmatismo, escolástica". Se ha creado "un cuadro paradójico", donde "lo más interesante y atrayente del conocimiento científico contemporáneo" se convierte, en las lecciones y en los libros de texto, "en algo aburrido, rutinario, formalista". ¿Y qué es, para Gorbachov, lo interesante? Es: "el hombre y la sociedad, las leyes del desarrollo de uno y de otra, las contradicciones, la lucha de clases, la construcción del nuevo mundo, el impetuoso avance de la humanidad hacia el ideal, las búsquedas espirituales y las desilusiones, el encuentro de la verdad y el heroísmo de la creación laboral". Eludiéndolos, "se mata el alma viva" Y las ciencias sociales, en cambio deben "transpirar el espíritu de la vida viva". ¿Para qué? Para saldar "su deuda con la sociedad".

- Alexandre Bovin en "Tiempos nuevos", subraya el señalamiento de Gorbachov en el sentido de que se registran dudas acerca de la democratización. Pero va más allá. Dice que Jruschov comenzó por demoler el culto de la personalidad de Stalin para incurrir luego en el culto de su propia personalidad, y Breznev llegó a transformarse en "el monumento de su propia persona". Pone nombres y apellidos donde antes había ideas generales. Dominique Dhombres, corresponsal de "Le Monde", apunta: "quizá sea conveniente recordar que el señor Bovin fue durante mucho tiempo un protegido y un laudador de Breznev". Debe ser también muy habilidoso para averiguar de qué lado sopla el viento. El dato de su "conversión" no es, pues, indiferente.

Estos pantallazos ayudan a situarse, en principio, frente a lo que está ocurriendo en la Unión Soviética. La acumulación primitiva por medios autoritarios (incluso campos de trabajo) permitió cumplir con cierta etapa del crecimiento económico, hasta culminar en la industria pesada y el esfuerzo de la Segunda Guerra Mundial. Ya durante esta última se hizo patente que la URSS no se bastaba a sí misma para frenar al aparato militar alemán, montado por el nazismo. La industria norteamericana proveyó equipos y armas en gran cantidad, aunque los soviéticos pusieron 20 millones de muertos.

En la posguerra, Washington tomó el liderazgo como primera superpotencia, con fundamento nuclear y con el despliegue de toda la industria que había sostenido el conflicto en Europa y en el Pacífico.

A partir de ese momento, la segunda superpotencia, o sea la URSS, fue a la zaga, aunque llenó —especialmente en el campo militar— las especificaciones necesarias para que la bipolaridad no resultara vulnerada.

Pero, a medida que pasaba el tiempo, las consecuencias negativas del autoritarismo se hacían más patentes. La planificación centralizada se transformó en un sistema según el cual todas las decisiones se tomaban en el centro. La iniciativa y la creatividad estaban mal vistas. La autoridad de los responsables de regiones o sectores comenzó a ser omnimoda. El partido comunista tomaba decisiones de índole técnica, y no siempre con acierto. Algunas fábricas seguían lanzando productos que nadie consumía, por su mala calidad. Otras, incluso en sectores de punta, se encontraban, en sus planes de producción, ante el freno del incumplimiento de las directivas por sectores complementarios (por ejemplo, al no construirse las viviendas para los obreros y los técnicos). El nivel de vida de la población subió, sin ninguna duda, pero los fenómenos de desabastecimiento de sucesivos artículos estaban lejos de desaparecer. La corrupción desplazó a gente honorable. Los abusos autoritarios menoscabaron la dignidad de las personas, los derechos humanos.

En ese panorama, surge la nueva revolución industrial, centrada en la electrónica y la genética. La URSS no puede sustraerse a ella. En el mundo actual, no hay compartimientos estancos. La revolución de las comunicaciones impidió que un estilo de vida excesivamente austero se prolongara en la URSS. La revolución de la técnica se refleja hoy en la carrera armamentística y, por lo tanto, gravita sobre la supervivencia. Ni el ideal que el sovietismo se forjó de sí mismo en 1917, ni los valores propios de la capa burocrática exigen quizá de esa aceleración en la técnica, pero la URSS está en el mundo; no es una ínsula, aún inmensa; debe responder al desafío. Un desafío que, por otra parte, no solamente en su rostro militar no puede ser indiferente. La revolución productiva, la capacidad de multiplicar exponencialmente la cantidad de bienes materiales y espirituales disponibles es la condición necesaria (aunque no suficiente) de cualquier democracia, más allá de la forma social que adopte. La abundancia es capaz de acercar a los hombres por encima de las barreras de las ideologías, hacia un futuro compartido, que no implique la drástica eliminación de unos u otros, o de todos. Así, el otro rostro de la intensificación cualitativa del desarrollo es la coexistencia internacional.

El ministro de relaciones exteriores de Alemania Federal, cuyo partido, el liberal, expresa al mundo de la industria más avanzada y de las altas finanzas, parece comprenderlo cuando, tras su reciente avance electoral, retoma con énfasis las banderas de la "ostpolitik" y recomienda a sus aliados europeos "hacer confianza a Gorbachov" (no en sus palabras, sino en los actos) y, sin bajar la guardia militar, favorecer la renovación productiva del Este. Donde, frente a las dificultades de Occidente, le esperan —supondrá— pingües negocios. Como en la época de Willy Brandt) —apunta Daniel Vernet de "Le Monde"— cuando surgía el "símbolo de una URSS nueva, que Mannesmann equipaba con oleoductos y gasoductos".

Gorbachov es, entonces, un "hombre representativo" a la manera de Emerson. Su denuncia sistemática y agitativa de las lacras de la sociedad soviética, su invitación a promover la reforma no solamente desde arriba, como en la práctica ocurre, sino también "desde abajo" —véase su discurso a los sindicatos—, el papel que quiere reservar a los sin partido (que también son, ciertamente, ciudadanos soviéticos) su reflexión acerca de la juventud —esquiva— que no puede seguir siendo tratada paternalmente, sino que debe incorporarse desde ya a las responsabilidades, pues deberá tomar el relevo mañana (y, con el desplazamiento de la "gerontocracia", antes de lo que podía suponerse); todo ello constituye un revulsivo que sectores decisivos (hasta ahora) del poder deben considerar necesario.

Cuando Gorbachov plantea su "política de cuadros" que puede simplificarse en la idea de que quienes no acepten las nuevas ideas pueden retirarse a su casa y en que tomarán la posta los responsables capaces de comprender y ejercitar las nuevas determinaciones, encuentra —desde luego— fuertes resistencias. El plenario para considerar el tema postergó varias veces su convocatoria —según se reveló recientemente— pues la discusión (no sólo en la cúpula) era muy intensa. La propuesta de elección secreta, con varios candidatos, para cada cargo electivo no tuvo aceptación inmediata (ni rechazo definitivo). Pero Gorbachov parece dispuesto a lograr que los órganos legislativos, esos antiguos convidados de piedra —epítome de la formalidad del régimen autoritario— controlen de verdad a las autoridades ejecutivas, con sus miembros elegidos representativamente por las bases, en lugar de ser digitados por los jefes.

Para terminar con este pantallazo, que no pretende ser descriptivo, habría que decir que en la URSS se está desarrollando una lucha

entre dos concepciones de la realidad y de la vida social que son, en buena parte, incompatibles. Esa lucha, en sordina, no solamente está en Moscú, —tal vez el lugar más apático y más escéptico— sino en todos los rincones del inmenso territorio.

Si Gorbachov sigue adelante es porque, indudablemente, tiene apoyos (hasta ahora) suficientes. Ellos se reclutan entre los grupos con plena conciencia del rigor de la contrastación internacional y de la apatía de la respuesta interna.

Gorbachov puede ir al desván de la historia y la reforma soviética aplazarse una vez más. También puede desatar fuerzas que luego le cueste controlar. Pero, si lograra prosperar con equilibrio, el rostro de la URSS cambiará y será el turno de Occidente de mostrar que es capaz de renovarse, no en lo obvio, que es su brillante capacidad tecnológica, sino en el complemento indispensable del despliegue de esa capacidad, esto es, en la necesidad de promover al vasto mundo subdesarrollado, abandonando el ideal imposible de las corporaciones: producir mucho para muy pocos.

